

llamado al retiro por el ejemplo de Don Manuel, estábais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo cuando son demasiado severas. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres, no es del espíritu de la devoción sólida y amable, ni puede servir mas que de desfigurar á los ojos del mundo su augusto y venerable carácter.

Las roturas violentas son las mas veces hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de dureza triste, que da pretexto á la malignidad para desacreditar la virtud y hacer ridículos los principios de los hombres religiosos. Los espíritus frívolos, que no conocen la Religion en ella misma, la juzgan por el carácter y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del Evangelio es la práctica de su doctrina: así cuando el mundo ve christianos téticos, que toman con extrema inquietud precauciones desconfiadas, atribuyen á la Religion lo que es defecto del genio; imaginan que el cristianismo destruye nuestras calidades sociales, que no es bueno mas que para hacer inútiles, y los que se sienten con algun deseo de volver á la virtud, resisten á sus remordimientos y temores por no parecer comunicables y rudos.

Al contrario, señor, los buenos christianos deben ser amables y de la mas dulce sociedad. La mayor gloria de nuestra Religion es, que cuando es bien entendida y se practica segun su espíritu, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humor apacible, un corazón benéfico y tratable, y aun inclinaciones amigables y tiernas. ¡Cuántos genios violentos y feroces, cuántos naturales difíciles ó salvages se han transformado en hombres amenos y pacíficos, sin mas estímulo que el de la Religion? Santos hay que debieron el primer movimiento de su retorno á la virtud, á la dicha de haber encontrado justos llenos de blandura y de indulgencia.

Jesucristo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre, que se separen por entero del mundo, ni que se escondan de los hombres; al contrario, les dice que su luz brille en medio de los profanos, para que admiren el poder de su doctrina, para que viendo como el Evangelio los ha transformado en útiles y buenos, procuren beber en la fuente pura de donde mana la verdadera dicha de la tierra. Compara su Iglesia con un campo en que crecen mezclados el trigo y la zizaña hasta el dia de la cosecha; y esta mezcla entra de tal manera en el plan de la sabiduría divina, que tal vez lo que admirarémos mas en el dia de la revelacion de su gloria, será ver como todo ha servido á la formacion, al aumento y á la

consumacion del cuerpo eterno de sus escogidos, y que los mas horribles y escandalosos delitos concurren al triunfo de la gracia.

Amemos, pues, señor, á los hombres, y procuremos ser útiles. Nuestra santa y caritativa Religion, que muda el corazon de los mas pervertidos, y que transforma en humanos y sensibles los naturales mas feroces y mas duros, no puede enfriarnos nunca con nuestros hermanos. Parece que el que los huye, los desprecia: á lo ménos no les puede servir; y jamas será bueno darles una idea tan triste y tan injusta de los efectos que debe inspirar la Religion á los que la aman. Lo que ella nos prohíbe no es el trato ni la sociedad de los que no han sido iluminados por el cielo, y estan todavía sometidos al yugo de las ilusiones y de los errores; solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu del siglo, y que estemos con cuidado para no corrompernos con el contagio de los malos ejemplos.

Cuando Dios convierte á un pecador, su intencion tal vez no se limita á su conversion personal, y sus ideas suelen multiplicarse con una extension digna de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea una fecunda almáciga de escogidos, y que aquel á quien su poderosa voz hace salir de la obscuridad de su sepulcro, sea la luz que destierre otras tinieblas, y el instrumento de muchas re-

surrecciones. Señor, una alma es una cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza, y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion. Debemos venerar en ellas este poder que un soplo de la gracia puede animar para manifestar su gloria y la superioridad de la bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexionad pues, que la fe y la Religion no mudan nada á nuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres; que la sociedad humana no es ménos obra de Dios que la creacion del universo; que el Evangelio que es su mejor apoyo, no puede ser contrario á su conservacion; que su espíritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de ciudadanos, y que por consiguiente nuestra santidad debe, como nuestra existencia, servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo si no quedaran en él mas que hombres sin Religion, sin costumbres, sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor, por qué el vicio conserva todavía algun miramiento, y no se atreve á pasar de ciertos límites? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia, y que la presencia de los hombres de bien opone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasio-

nes y al desacato de los excesos. Por mas que la lieqencia y la incredulidad afecten una independencia desenfrenada, reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera su osadia, que contrabalancea sus escándalos y que lucha sin cesar contra el esfuerzo inicuo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sujecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social, y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asilo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si quereis conocer mejor la fuerza de estas reflexiones, volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad que cuando estábais solo con Don Manuel, haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿Que vuestras máximas eran horribles, vuestros discursos abominables y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿No es verdad que entónces hubierais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones, que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal, y que hubierais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre zeloso, tal como me habeis pintado á Don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto; y que un extrangero no hubiera visto en ella mas que tres hombres decentes, corteses y modestos? ¿No es verdad que no hubiera podido este observar mas que moderacion, que hubiera oido otros principios, y que el aspecto exterior fuera tan diferente que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo y guardaban las apariencias? Así, es verdad señor; y podeis aplicar este ejemplo á toda la sociedad. Por él podreis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discípulos de la Religion.

Y no me digais, que todo el fruto de este imperceptible y mudo apostolado que ejercen en el mundo los buenos que viven confundidos con los malos, se reduce á formar algunos hipócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos; porque ya desde luego es una grande gloria de la Religion, que los que violan sus preceptos se vean forzados á fingir su carácter, y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos cristianos son los que con su buen ejemplo hacen infame y deshonorada la

profesion del vicio; y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el Evangelio, como la experiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia. Lo mas comun es, que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la Religion y la virtud, y que se esfuerce á no parecer lo que es, para obrar y hablar como el justo; pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon ni por su conciencia: ántes al contrario, quisiera tener la realidad; y si la aparenta, es porque conoce las ventajas, y porque se avergüenza de su mala conducta. Todavía hay en su alma una parte sana que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismo habeis sentido esta disposicion secreta, cuando tratábais con Don Mariano. Entónces viviais abandonado á la ciega filosofia, que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia, y con todo os acordais distintamente que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar, habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuviérais hoy en las mismas tinieblas si no hubiérais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores, y si no hubiérais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad, señor, que conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase, no correis mas peligro del que corria Don Mariano, que trataba con vos en aquel tiempo, en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados, mas que relajar la austeridad del Evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad, y solo quisieran conciliar el cristianismo con nuestras flaquezas y defectos, su comercio seria mas peligroso, nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesucristo. Entónces fuera menester huir y buscar en las montañas ó en las cavernas de la tierra un refugio contra la seduccion de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse que el mundo á fuerza de depravarse ha dejado de ser peligroso. Hay tanta diferencia de las costumbres de un cristiano á las de los insensatos de este siglo, que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el Evangelio. Al contrario, un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra fe y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesucristo; por que no hay cristiano que al salir de las asambleas ó concurrencias en que ha visto y oído los delirios de los hijos de la tierra, no se diga á sí mismo lo que se decia Salomon: ¡O inocencia! ¡O

virtud! yo volveré á encontrarte en mi estancia solitaria, y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los israelitas observaron mejor la santa ley, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde aquella tierra extranjera, sus ojos, cubiertos de lágrimas, se volvan hácia Jerusalem, viendo la sacrilega profanacion con que se derramaba el incienso á dioses de metal, y recogidos en su afligido corazon, exclamaban: *O Dios! ¡ó Dios de Israel! tú eres el solo Dios que se debe adorar.* Su trato con los escribas y fariseos en medio de Jerusalem, les era mas contagioso que todos los excesos de la idolatría; porque es mas difícil, cuesta mas y se tiene mas horror en atropellar de repente la Religión y la virtud, que no ceder insensiblemente á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad, y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Quando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se vieron cercados mas que de judíos ciegos y endurecidos que blasfemaban el nombre de Jesus, ó de gentiles que desconociendo al verdadero Dios se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal, los apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos ejemplos, y jamas las virtudes del cristianismo se practicaron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asilos

en los desiertos, no nació entre los cristianos por evitar el trato de los incrédulos, ni por esconderse á la vista de las persecuciones: los primeros anacoretas no empezaron á temblar sino quando vieron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesucristo. Quando el Evangelio que era ya la Religión pública, empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos que el espíritu del mundo introducía en la severidad de su doctrina, entónces fué quando los cristianos fervorosos se espantaron del peligro que les amenazaba; entónces empezaron á separarse de los hombres, á despojarse de sus bienes, y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la doctrina y de la moral de Jesucristo.

Este fué el origen de la poblacion de los desiertos y el de los establecimientos monásticos. No fué el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sofismas de los impíos, ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fué el peligro de perecer al pié mismo de la cruz, fué el temor de resbalarse á los abusos y relajaciones de una moral que pretendía rebajar la sublimidad de la divina ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Estó fué principalmente lo que pobló de repente los parages mas ágrastos y rústicos, lo que obligó á los hom-

bres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máximas relajadas de los que viven con nosotros, pueden tener mas fuerza para pervertirnos; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos ménos corrompidos, en que á lo ménos la fragilidad del corazón se conciliaba y podía consolarse con el respeto de la ley y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdía de vista el fanal que dirige al puerto de la cruz; pero hoy en varios parages el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de cristiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper. Hoy la osadía de no reconocer ninguna obligacion, el arrojado de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud y la disolucion de las costumbres, ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues, el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazón recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que estan forzados á tratarle, no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el Evangelio, y repetir sin cesar en su interior: *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar*, para volver con nuevo placer y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asi-

los, y conversar transportados de gozo con los amigos de Dios, de las bellezas y dulzuras de su santa ley, como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces, hallan al fin habitadores humanos y apacibles. ¡O Dios! exclama David (1): *Los insensatos me han contado fábulas; ¡pero qué diferentes son de tus leyes admirables!*

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellino de las falsedades humanas; solo quiero persuadiros que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia; que no rompáis rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros; que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia cuando no se opone á vuestras obligaciones; que veais con indulgencia, y soportéis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios; que no seais el primero á romper con vuestras antiguas relaciones; que sepais como Jesucristo, amable modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores: y tened por cierto que los que á pesar de vuestra reforma continuarán en ser vuestros amigos, no os servirán de obstáculo para que permanezcáis en la vida cristiana, y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode, se retirarán ellos mis-

(1) Psalm. cxviii. 85.

mos librándoos de la pena de verlos y oírlos, sin darles motivo para que se quejeh de vuestros procederes.

Por otra parte, vos sois de una clase en que todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devocion no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oír blasfemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren, sus costumbres y opiniones son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes. Su educacion, el hábito de producirse en todas partes con atencion noble y cortesana, los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones de las discusiones impías estan hoy desterradas de toda sociedad decente. Los detractores de la Religion no se manifiestan porque saben que serian mal recibidos, principalmente en nuestra nacion, en que al desprecio comun añadieran el peligro de ser denunciados á los celosos conservadores de la fé.

Fuera de esto, el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad, y los ménos delicados al fin han conocido que el empeño de desacreditar la creencia y la moral solo cabe en la furia de un mal ciudadano que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, cuando estábais alucinado por el mundo, no hubiérais querido lastimar los oídos de los hombres respetables

que se encontraban en las concurrencias; y debéis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educacion y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes, saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios, y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Por qué, pues, no tomaréis vuestra parte en las recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David, (1); *alegraos en el Señor*. La virtud no es triste ni tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente; todo lo sufre, todo lo perdona, se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazon á la iniquidad; pero este mismo dolor, por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto, no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneracion presente. Así pues, debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices; y esté arrepentimien-

(1) Psalm. xxxi. 11.